



Boletín Oficial

DEL

Obispado de Osma



Año LIII. 21 DE MARZO DE 1912 Núm. 6.

CARTA PASTORAL

La Sagrada Comunión

Nós el Dr. D. Manuel Lago y González

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓ-
LICA OBISPO DE OSMA, SEÑOR DE LAS VILLAS DEL BURGO,
UCERO Y LAS DOS QUINTANAS RUBIAS, ACADÉMICO CO-
RRESPONDIENTE DE LA REAL DE LA HISTORIA, ETC.

Al venerable Clero y fieles de nuestra muy amada Diócesis.

Salud y paz en Nuestro Señor Jesucristo.

Ego sum panis vitae.

Yo soy el pan de la vida.

(JOAN., VI, 48.)

«l Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros» (1),
y a aquella obra admirable de la Encarnación se dignó
añadir la de la Eucaristía, para continuar viviendo en-
tre los hombres hasta la consumación de los siglos.

(1) Juan, I, 14.

Base y cimiento de nuestra fe es la unión de la naturaleza divina con la naturaleza humana en la persona del Verbo, aquel «gran misterio de misericordia» (1), por el cual desciende el Hijo de Dios a las entrañas de María y en ellas se abraza íntimamente con una alma y un cuerpo humanos, comunicándoles con infinita largueza los tesoros increados, sin transformación ni cambio substancial, sin mengua de su dignidad excelsa ni menoscabo de las propiedades del hombre. Los ángeles asisten reverentes a aquella altísima y secretísima comunicación; los pastores que guardaban sus rebaños en las viglias de la noche, la adoran maravillados; los sabios del Oriente, le ofrecen de rodillas aromas y riquezas; los escogidos de Israel se aperciben a repetir el himno que poco antes había cantado Zacarías, y el orbe entero, estremeciéndose de gozo, ve alborear el día en que la nueva progenie es enviada de lo alto de los cielos.

Jesucristo viene al mundo como Dios, porque es Dios con el Padre y el Espíritu Santo. Como Dios fué anunciado en el Paraíso, como Dios vaticinado por los profetas, como Dios esperado del pueblo hebreo y aun de todos los pueblos de la tierra. Él había de quebrantar la cabeza de la serpiente (2), contar el número de sus adoradores por el de las arenas del mar y el de las estrellas del cielo, y recibir la obediencia de todas las naciones, extendiendo sus dominios hasta los confines del mundo. Era rey de la gloria, y venía a ejercer toda su potestad en la tierra; era hijo de David y descendiente de Adán, y venía a servir de mediador entre Dios enojado y el hombre pecador; era sacerdote eterno, y venía a ofrecer el sacrificio expiatorio, capaz de aplacar la ira divina, de rehabilitar al culpable y reanudar aquel lazo de celestiales comunicaciones roto por la mano de Adán al pie del árbol de la ciencia.

(1) I Tim., III, 16.—(2) Gén., III, 15 (texto hebreo).

Dios y hombre, en la unidad de la persona del Verbo, realiza las obras propias de sus dos naturalezas, y lo sobrenatural y lo natural, en él indisolublemente unidos, se manifiestan de continuo en sus acciones y palabras. Convoca los coros angélicos en torno del pesebre, y se deja ver de los hombres y de los brutos; dispone que una estrella milagrosa alumbre el techo de su morada, y permite que Herodes se aperciba a cortar el hilo de su vida; asombra a los doctores de la Ley con sus preguntas, y se sienta en medio de los jerosolimitanos que reciben la enseñanza religiosa; ve aparecer sobre su cabeza el Espíritu divino, y entra en las aguas del Jordán para recibir el bautismo de la penitencia; cura al hijo del centurión en Cafarnaúm, y acude a la mesa de Mateo el publicano; descubre los recónditos secretos de la hija de Samaria, y siente el estímulo de la sed al borde del pozo de Jacob; resucita a Lázaro, después de llorar por el amigo muerto; calma las olas de la tempestad, al despertar del sueño que le había rendido; resucita con inmensa majestad y gloria, al tercer día de su afrentosa pasión y terrible muerte. Era Dios, Dios que leía en el fondo de las almas, y regía los elementos, y triunfaba de la muerte, y sujetaba a su dominio las virtudes de los cielos, y era hombre, hombre que gemía y lloraba, a quien laceraba el dolor, y en cuyo corazón apagaba la muerte la llama de la vida.

De esta unión personal de Dios y el hombre, nace la diversidad de las obras de Jesucristo. Suyas son todas las de Dios, porque su substancia divina es la substancia del Padre y del Espíritu Santo; suya la actividad personal del Verbo, que pertenece a la armonía de las divinas relaciones; suyas las acciones de la naturaleza humana, siempre gobernadas y de algún modo influidas por la persona divina, y suya la serie de milagros que empieza en el banquete nupcial de Caná de Galilea y no se interrumpe hasta el día de la

gloriosa ascensión en la cumbre del Olivete. Y por cuanto son los milagros de Jesucristo obras de su divinidad, ya que sólo ella puede cambiar el orden criado, y se manifiestan sensiblemente en sus acciones y palabras, comunicándose de ese modo por sus facultades corpóreas al mundo que le rodea, han de contarse en el número de las operaciones teándricas, en que intervienen, si bien en grado muy diverso, las dos naturalezas del Dios-Hombre. Es su voluntad divina quien lleva á la barca de Pedro la pesca milagrosa; pero son sus labios los que pronuncian las palabras: «Echa la red a la derecha de la nave» (1). Es su potestad suprema quien da vista al ciego de nacimiento; pero son sus manos las que le cubren los párpados con el barro prodigioso. Es un acto divino aquel por el cual devuelve la vida al cuerpo de la hija de Jairo; pero es su diestra santa la que toca la mano del cadáver y es su boca la que dice: *Talitha, cumi*, «Niña, levántate» (2).

De sus obras pasa el doble carácter divino y humano a su Iglesia, constituida por un elemento espiritual y otro corpóreo, y a los sacramentos, cuyos signos sensibles son como ánforas que encierran los tesoros de la gracia.

Pero entre los sacramentos y entre las obras y milagros de Jesucristo nada tan levantado y excelso, tan admirable y sublime, como la Sagrada Eucaristía, perfección de perfecciones y ápice de toda santidad, «en donde está contenido substancialmente el mismo Cristo». «En los demás sacramentos existe cierta virtud instrumental participada de Cristo», pero no Cristo mismo, «y lo que existe por esencia aventaja siempre a lo que existe por participación» (3). La acción de los demás sacramentos produce de suyo la gracia. El agua

(1) Juan, XXI, 6.—(2) Marc., V, 41.—(3) Suma Teol., III, q. 65, a. 3.

que lava la cabeza del catecúmeno, el óleo que signa la frente del confirmando y el que unge la del moribundo, la mano que rompe la cadena del pecado, la que toca la cabeza del siervo de los altares y la que se entrelaza con la del cónyuge para anudar un vínculo indisoluble, atraen raudales de gracias por virtud soberana que Jesús les ha comunicado. Pero los labios que pronuncian las palabras divinas de la Cena, traen a Jesucristo mismo de los cielos, entre coros de espíritus inmortales, a encubrirse con el velo de los accidentes, para ser hostia de reconciliación y pan de vida sobrenatural y eterna.

Sí, venerables hermanos y amados hijos míos, en el pan y en el vino consagrados, oculto a los ojos corporales, pero manifiesto a los de la fe, se halla Jesucristo nuestro Señor, Dios eterno y hombre glorioso, tan verdadera y realmente como en la hora magnífica de su resurrección de entre los muertos. Allí está el Verbo, sabiduría de Dios, pensamiento vivo de la substancia increada, Dios de Dios, luz de luz, Hijo unigénito del Padre antes de todos los siglos; allí el alma que se unió al cuerpo y a la divinidad en las entrañas purísimas de la Virgen María, alma cuyo entendimiento no se fatiga de pensar en los hombres y cuya voluntad no se sacia de amarlos y desear el amor de ellos; allí aquella carne inmaculada, clara y limpia como el primer albor del día, carne virginal, tomada de la Virgen a quien no había tocado el hálito de la serpiente ni había oscurecido la sombra de la culpa.

Él mismo es el autor de esa maravilla. Una noche, reunió a los suyos en torno del banquete del cordero, deseando con gran deseo celebrar aquella pascua, y después de comer con ellos las legumbres amargas y la carne de la víctima, tomó pan sin levadura en sus manos, lo bendijo y exclamó: «Este es mi cuerpo». Y luego tomó vino en una copa, lo bendijo también, y añadió: «Esta es mi sangre». El milagro se había realizado. El

pan era ya el cuerpo de Cristo y el vino era su sangre. La misma palabra omnipotente que en las hidrias de la boda había transformado el agua en vino generoso, acababa de cambiar en el Cenáculo el pan ácimo del trigo y el vino de las vides en la carne y en la sangre del Hijo de Dios. Movíale a Jesús el deseo ardentísimo de entregarse por los hombres, y se entregaba ya en el banquete pascual, antes que su cuerpo fuese herido y traspasado, sus labios amargados con hiel y su corazón rasgado con el hierro de la lanza. Aguijábale el ansia vehemente de ofrecer a su eterno Padre la víctima prefigurada en los sacrificios antiguos, y, antes que rociara con su sangre el arca de la ley nueva, levantábase. Melquisedec divino, con la ofrenda de harina purísima en sus manos. Pero igual a su deseo de padecer y ofrecer a su Padre el sacrificio de la redención, era sin duda alguna el de construir un tabernáculo nuevo donde pudiera vivir siempre con sus hermanos los hombres y alimentarlos sin cesar con el pan vivo que descendía de los cielos. «Vuestros padres, les decía una vez a sus oyentes, comieron el maná y murieron». «El que come mi carne y bebe mi sangre, vivirá eternamente» «Yo soy el pan de la vida» (1).

Santo Tomás expone con frases breves y luminosas la supremacía de este augusto misterio en el orden de la vida espiritual. Los sacramentos auxilian al hombre en la vida de la gracia y esta se acomoda a la de la naturaleza, porque lo corpóreo lleva en sí la semejanza de lo espiritual. En la vida corporal nace el hombre, y se desarrolla, y necesita alimento, y en la vida espiritual nace también por el bautismo, y crece por la confirmación, y se alimenta con el manjar de la Eucaristía. Y esta es la diferencia que existe entre la Eucaristía y los demás sacramentos: la Eucaristía contiene algo sagrado en absoluto, que es el cuerpo mismo de Cristo, y

(1) Juan, VI, 49, 55, 48.

el agua del bautismo y la materia de los demás sacramentos sólo contienen algo sagrado relativamente, que es la virtud santificadora. Por tanto el sacramento de la Eucaristía queda ya perfecto en la consagración de la materia, y los demás sacramentos sólo alcanzan su perfección cuando su materia se le aplica al hombre para santificarle (1).

No impide la perfección absoluta de la Eucaristía que este sacramento divino se ordene también a la santificación del hombre. Íntegro y perfecto es desde que el sacerdote pronuncia las palabras de la Cena sobre la hostia y el cáliz. Jesucristo reside ya bajo los accidentes del pan y del vino consagrados. El sacrificio de la cruz se ha renovado de una manera incruenta. Jesucristo permanecerá, sin embargo, en las hostias santas, en el fondo del tabernáculo, esperando que los hombres acudan a comer su carne, que es pan para la vida del mundo.

La vida espiritual está llena de maravillas. Engendrarse por el agua y las palabras del bautismo, cuya acción renovadora aniquila el pecado hereditario, agrega al hombre a la Iglesia de Cristo e infunde en su alma el hábito de las virtudes teologales. La Fe enciende en ella la antorcha esplendorosa de la creencia, la Esperanza le sugiere anhelos de los bienes inefables de la gloria, y la Caridad la inflama y abrasa en un amor sobrenatural que la eleva a comunicaciones misteriosas con Dios. Las virtudes morales, ya infundidas por modo celestial, ya adquiridas en la paciente labor del perfeccionamiento cotidiano, embellecen el alma con preseas y joyas de valor inenarrable. Y la gracia santificante, lazo de amor entretejido con los méritos de Jesús, la arrastra dulce y sosegadamente hacia la cumbre en donde brilla el sol de la santidad heroica. Puede el hombre romper ese lazo y volver a las tinieblas

(1) Sum. Teol., III, q. 73, a 1.

del pecado; puede aún apagar en su mente la lumbre de la Fe. Pero Dios no le abandonará; Jesucristo, cubierta su cabellera del rocío de la noche, vendrá a llamar a la puerta de su corazón, y una y mil veces le dirá con voz amorosísima: «Yo estoy a la puerta y llamo» (1). Y cuando el pecador le abre las puertas de su alma, de nuevo se enciende la luz de la Fe, si estaba extinguida, o se aviva, si oscilaba trémula, y la Esperanza cobra alientos, y la Caridad pone ayes de arrepentimiento en los labios, lágrimas de fuego en los ojos y punzadas de dolor en el alma. Entonces el penitente exclama: «Padre, he pecado contra el cielo y delante de ti» (2), y Jesucristo le abraza contra su corazón, le besa y le viste la estola primorosa.

Ved, hermanos e hijos míos, al que apacentaba los animales inmundos de otro dueño, al que perecía de hambre y envidiaba a los jornaleros de la casa de su padre, llevando ya el ropaje riquísimo de la gracia y el anillo de los nuevos desposorios, entrar en la sala del banquete, donde Cristo se le da a sí mismo en comida.

Porque en la vida espiritual son auxilios poderosos las gracias actuales que iluminan el entendimiento y mueven la voluntad suave y seguramente, esos llamamientos de Dios en el cansancio del espíritu, esos socorros oportunos en los peligros de la culpa, el fervor que brota de los labios convertido en plegaria, la compunción que poda el vigor de la pasión rebelde, el llanto que cae sobre la vida pasada en la región lejana de errores y extravíos, la abnegación que triunfa del amor a los bienes y regalos y se transforma en limosnas y sacrificios,.... todos esos impulsos celestiales que el alma recibe y acepta libremente, y a los cuales une el esfuerzo de sus potencias, para realizar ese prodigio que se llama la obra sobrenatural. Pero tanto como aventaja nuestro Señor Jesucristo a todas las cosas

(1) Apoc., III, 20.—(2) Luc., XV, 21.

tanto como la Eucaristía a los demás sacramentos, sobrepaja y excede la Sagrada Comunión a los demás auxilios de la vida del espíritu.

Raíz de esta vida es la Fe; sostén, la gracia santificante, ese influjo continuo y habitual del Espíritu de Dios, que puede crecer y aumentarse como crece y se aumenta la luz del sol desde las primeras ráfagas del alba hasta los esplendores del mediodía. Pero a este crecimiento y desarrollo han de contribuir de una parte los auxilios sobrenaturales y de la otra los esfuerzos de la naturaleza humana. Si nosotros ponemos de la nuestra la cooperación a las gracias actuales, Dios no será mezquino en derramarlas sobre nuestra alma, y, a medida que estos dones celestiales se multipliquen, subiremos con esfuerzo de gigantes por el camino de la perfección y volaremos con impulso de águilas a lo más encumbrado de ella. Elías comió el pan subcinericio, y caminó con la fortaleza de aquel alimento hasta el monte altísimo de Horeb (1).

Ese es el primer efecto de la Sagrada Comunión: aumentar la gracia santificante de manera prodigiosa. No es un símbolo que excita la fe y por medio de la fe cura los pecados cometidos y previene los futuros, como afirman los protestantes; ni es un banquete elevado a ceremonia litúrgica para recordar a los hombres la presencia benéfica del Criador, como aseguran los modernistas. Nó, es alimento espiritual, que sólo se da a los que viven de la gracia, y fortalece y vigoriza esta vida con gracias nuevas; es Jesucristo mismo «que, así como le dió al mundo la vida de la gracia, al venir a él visiblemente, produce en el hombre también la vida de la gracia cuando viene a él en el sacramento» (2); es, según el pensamiento de San Cirilo, repetido por el Ángel de las Escuelas, la carne viva del Verbo, que se une a nuestros cuerpos en una bendición vivificadora.

(1) III Rey., XIX, 8.—(2) Sum. Teol., III, q. 79, a. 1.

De este modo se realiza una especialísima y amorosísima unión entre Cristo y el alma. «Quien come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él... El que me come, vivirá por mí» (1). ¡Admirable misterio! Cristo, pan bajado del cielo en la Casa del Pan, se da al hombre en comida; el hombre lo recibe en la hostia consagrada, y toca físicamente con su lengua los accidentes de pan de trigo que lo encubren. No asimila a Cristo como asimila los alimentos corpóreos, porque este pan no está destinado a nutrir directamente la vida natural; pero el alma, en el orden sobrenatural, recibe ese alimento divino, y con él un vigor y una vida tan exuberantes que exceden indeciblemente a toda vida y vigor de la naturaleza criada. Aquel que dijo de sí mismo «Yo soy la vida» (2), se une al alma para infundirle vida. Pero ésta sólo llega a su perfección cuando la caridad alcanza los grados más subidos, cuando el amor sobrenatural enciende el alma y la eleva al abrazo dulcísimo de Dios, cuando el corazón de Cristo late al lado del corazón del hombre, y Jesús transfunde su vida celestial en el alma humana. Esa es la unión eucarística, unión de caridad, unión de vida. El hombre, al comulgar a Jesucristo, participa de su misma vida. «Por este Sacramento se aumenta la gracia y la vida espiritual se completa, de modo que el hombre alcanza su perfección uniéndose con Dios» (3). ¿Qué maravilla será, pues, que al sentirse inundado de la vida de Jesucristo, exclame el hombre: «No vivo yo, sino que vive Cristo en mí»? (4). Así, es la unión del hombre con Dios en la Eucaristía unión que en cierto modo le restituye al alma el estado de justicia original y le permite vislumbrar ráfagas de la luz de la gloria. Jesús entra en ella como renovando el pacto de amistad anterior a la primera culpa, y se da y se entrega al hombre como descubriendo al entendimiento humano

(1) Juan, VI, 57.—(2) Juan, XIV, 6.—(3) Sum. Teol., III, 9

(4) Gal., II, 20.

algo de aquella bienaventuranza suma y eterna en donde la posesión de Dios colma los deseos del corazón y sacia las ansias del espíritu con hartura suavísima que no cansa ni empalaga. Pero así como del alma se deriva al cuerpo la vida natural, también en el orden de la gracia pasa y trasciende al cuerpo humano, en cuanto la carne puede ser elevada a esta región purísima, algo de la vida de la santidad y la justicia. La carne de Cristo, en la sagrada Comunión, toca nuestra carne y con su divino influjo, sin mezclarse ni confundirse con ella, la limpia y hermosa, la ennoblece y la santifica. Por cierta oculta afinidad la considera Jesús unida con la suya y hasta carne suya. ¿Cabe mayor prodigio? ¿pudo Jesús inventar más grande maravilla de amor? ¿hay para el hombre alguna excelencia o algún honor comparable al de esta unión? Los Padres de la Iglesia se pasman, y, arrebatados de admiración, se complacen en repetir que por la Sagrada Comunión nos incorporamos con Jesucristo y somos sus consanguíneos, incorruptibles e inmortales.

Pero la unión eucarística, por lo mismo que es unión de vida, no termina en este apretadísimo lazo de la criatura con su Criador. Dáenos Jesucristo en alimento, y «todos los efectos que la comida y la bebida material es producen en la vida del cuerpo, sustentando, acreciendo, reponiendo y deleitando, los obra este sacramento en la vida espiritual» (1). Si el alimento natural sustenta las fuerzas del cuerpo, la Comunión infunde gracia en el alma; si aquél desarrolla el organismo, ésta vigoriza y acrecienta el ser espiritual; si aquél repone de enfermedades, ésta restaura curando las dolencias de los pecados, pues es «antídoto que libra de las culpas cotidianas, y preserva de los pecados graves» (2), y si los manjares de la tierra sirven de regalo al gusto, el manjar de la Eucaristía causa en la vo-

(1) Decret. p. Armenis.—(2) Conc. Trident., ses. XIII, cap. II.

luntad aquellos inefables deleites con que parecen morir de amor las almas escogidas.

Recogiendo en una frase todos los efectos de la Sagrada Comunión, San Juan Crisóstomo exclama: «Salgamos de este banquete como leones que respiran fuego y aterran al demonio» (1). Y es que la Eucaristía da a las almas en la vida espiritual vigor y fuerza de leones, las abrasa con fuego de los cielos, y parece ponerles en las manos la espada fulgurante del arcángel del Paraíso, para que les impidan la entrada a las potestades del averno. Puede caer de nuevo en la culpa el que ha comulgado; pero ¿quién se atreverá a negar que, al separarse de la mesa eucarística y al alejarse de la iglesia en que ha sido tan generosamente regalado con el mismo cuerpo de Jesucristo, se siente más fuerte y robusto, más lleno de amor a Dios, cristiano más apegado á su ley santa y soldado más apercebido a luchar contra todos los enemigos del alma?

Hijos míos, los que caéis a menudo en el pecado, cediendo a las sugerencias del demonio, a la seducción de la carne o a los engaños del mundo; hijos míos, los que vivís miserablemente en las tinieblas de la culpa, dolorido el corazón y oprimida la conciencia por el torcedor del remordimiento; hijos míos muy amados, ¿no es verdad que muchas veces os sentís débiles y cobardes ante el empuje de la tentación? ¿No es verdad que desearíais entonces ser valerosos y esforzados, para luchar con denuedo y vencer con alegría al enemigo que os ataca y acomete con saña implacable? ¡Ah, si hubierais comulgado aquel día! ¡si al menos hubierais comido el Pan de los fuertes la última vez que le visteis en la iglesia, elevado en las manos del sacerdote! No temblaríais delante del monstruo que os amenaza, pelearíais con valor, y, llevando en el alma la gracia de la Eucaristía, lograríais derribar al adversario y conquistar la palma de la victoria. Co-

(1) Hom. XLV sup. Joan.

mulgad, comulgad, y saldréis vencedores de la tentación, os veréis libres del pecado, y os sobrepondréis con honor a todos los embates de la carne, del mundo y del demonio.

¿Sabéis quien es el primero que recomienda la Sagrada Comunión? Jesucristo mismo. En la noche de la última cena legal, habiendo instituido el Santísimo Sacramento, fué Él quien dió la Comunión por vez primera. Y al terminar exclamó: «Haced esto en memoria mía» (1). No les encomendaba solamente la consagración del pan y el vino, sino toda la obra santísima que Él había realizado. ¡Haced esto en memoria mía! Convertid con la potestad que yo os doy la substancia del pan y del vino en mi cuerpo y en mi sangre, comed y bebed este alimento del alma, y distribuidlo como yo os lo he distribuido a vosotros. Vuestros padres comieron el maná que llovía del cielo para todos; este es el maná de la ley nueva, que para todos ha venido del cielo. Vuestros oídos han escuchado la profecía de Isaías: «El Señor de los ejércitos dará a todos los pueblos en este monte un banquete de carne deliciosa y vino puro» (2); este es el banquete del Señor para todos los pueblos. Vuestros ojos han visto como yo tomé un día en mis manos el pan, lo dividí y multipliqué milagrosamente, y saqué el hambre de la turba que me seguía; este es el pan que se multiplicará sin cesar y colmará al hombre de vida sobrenatural en todas las generaciones. «Tomad y comed» (3).

Los discípulos publicaron la enseñanza del Maestro divino, la reprodujeron en las páginas de sus libros, y la pusieron por obra en todo el mundo. Los primeros cristianos acudieron ansiosos a cumplir el mandamiento de Jesús y a apagar sus anhelos de vida sobrenatural en la mesa de la Eucaristía. «El domingo, se les advertía en el siglo I de la Iglesia (4), reuníos, di-

(1) Luc., XXII, 19.—(2) Isaí., XXV, 6.—(3) Mat. XXVI, 26.—(4) Didache, XIV, 1.

vidid el pan (comulgad) y dad gracias, después de haber confesado vuestros delitos, para que sea puro vuestro sacrificio,... pues el Señor ha dicho: *En todo lugar y tiempo ofrézcaseme un sacrificio puro, porque soy rey grande, dice el Señor, y mi nombre es admirable en las naciones*». Un siglo después reprende Tertuliano (1) a los que en los días de «estación» no asistían a las oraciones habiendo comulgado; cincuenta años más tarde escribe San Cipriano: «Pedimos que todos los días se nos dé nuestro pan, esto es, Cristo, para no apartarnos de su cuerpo y de su santificación, ya que en él permanecemos y vivimos» (2), y en el año 372 repite San Basilio: «Comulgar todos los días, recibir el sagrado cuerpo y la sangre de Cristo, es bueno y útil; pues Él dice: *El que come mi carne y bebe mi sangre, goza la vida eterna*» (3). Así eran invencibles en la confesión de la fe los fieles de la Iglesia primitiva. La Comunión diaria alimentaba su caridad y robustecía su vida espiritual; el «pan de los elegidos y el vino que engendra vírgenes», poblaba de virtudes admirables los valles del Asia Menor, las riberas de Grecia y las orillas del Tíber, y, cuando la tempestad de la persecución rugía con estrépito, era el Pan de los cielos quien daba aliento y valor incontrastables a Lino y Evaristo, a Sebastián e Ignacio, a Águeda y Cecilia, y al gloriosísimo Tarsicio, apedreado y magullado mientras apretaba contra su corazón el tesoro de la Eucaristía. Sí, venerables hermanos e hijos amadísimos, aquella asombrosa fortaleza de los mártires, que no cedía ante las fieras del desierto, ni ante las hogueras encendidas, ni ante las máquinas del tormento, ni ante la cuchilla inexorable del lictor, nacía de la Comunión frecuente o cotidiana.

Pasaron siglos y, disminuido el fervor, ordenó la Iglesia que todos los fieles cristianos, al llegar a la

(1) *De Orat.*, XIX.—(2) *De dom. Orat.*, XXIII.—(3) *Epis.* 93.

edad de la discreción, recibiesen «al menos en la Pascua, el Sacramento de la Eucaristía» (1), y, para que su mandato no quedara sujeto a disputas ni controversias, lo confirmó después solemnemente en un canon sancionado con pena de anatema (2).

Este es el precepto eclesiástico que el catecismo clásico de nuestro pueblo expresa con aquellas hermosas palabras: «Comulgar por Pascua florida», y que viene a determinar el precepto divino, impuesto por nuestro Señor Jesucristo, al instituir el Santísimo Sacramento, con aquella frase: «Haced esto en memoria mía», y con aquella otra, al prometerlo: «Si no comiereis la carne del Hijo del hombre y no bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros» (3). Cada año, en la época de la Pascua de Resurrección, durante el espacio de tiempo señalado, tenemos obligación todos los católicos, obispos y sacerdotes, religiosos y seglares, de recibir la sagrada Comunión, en gracia de Dios, bajo pena de pecado grave. Pero habéis de saber, hijos míos muy amados, que esta obligación no desaparece al terminarse el tiempo del cumplimiento pascual; pues, aun transcurrido éste y cometido el pecado mortal de no haber comulgado, permanece el deber gravísimo de hacerlo antes que llegue la Pascua del año siguiente. Y abstenerse de comulgar durante el año, es como renovar cada día el pecado cometido, mostrándose contumaz en la culpa, rebelde al mandamiento de la Iglesia, sordo al amoroso llamamiento de Jesucristo y enemigo de Dios y del santísimo Sacramento. Quien así olvida este deber de la Comunión pascual, ¿no temerá que le saltee la muerte, y se le aparezca de pronto el Hijo de Dios pidiéndole cuenta de su vida pecadora? ¿no recelará que en los últimos instantes le niegue Dios la gracia de visitarle en su casa, ya que él no quiso recibirle en el templo?

(1) Conc. Lat. IV, cap. XXI.—(2) Conc. Trid., ses. XIII, cap. VIII, can. 9.—(3) Juan, VI, 54.

¡Y es tanta la facilidad que nos ofrece la Iglesia para cumplir este mandamiento! Porque la única preparación que nos exige es el estado de gracia, y para que lo alcancemos, si por desventura lo hemos perdido, nos impone además el precepto de que nos confesemos una vez al año. Por eso suelen ir juntos en la práctica. Un día os despiertan las campanas de vuestra iglesia llamándoos al tribunal de la reconciliación y al banquete de la vida espiritual. Con vestidos de fiesta, en ayunas, acudís presurosos al templo, donde os esperan venerables sacerdotes, dispuestos, nó a castigaros, nó a echaros de la casa de Dios, nó a reconvienros con palabras agrias, sino a escuchar benignamente la confesión de vuestras culpas, a daros santos consejos, a haceros piadosas exhortaciones, a perdonaros en nombre de Jesucristo y a regalaros con la carne santísima del Cordero divino. Y vosotros, hijos míos, los que habíais salido de vuestras casas, devorada el alma por los remordimientos, volvéis a ellas tranquilos, alegres y felices. Aquel día os parece que la tierra sonrío, que el sol brilla esplendente, que del cielo descienden efluvios de un bienestar inexplicable y dulcísimo. Es que Dios nuestro Señor os da a gustar algo de las delicias de la gloria; es que, limpios de la mancha del pecado, habéis recibido el Pan de los bienaventurados.

Pues, si sois dichosos en el día del cumplimiento pascual, ¿por qué no habéis de renovar esa dicha varias veces cada año, cada mes, cada semana? ¿Por qué no habéis de alimentar el alma todos los días con el Pan del tabernáculo, como alimentáis el cuerpo con el pan de vuestros graneros? ¿No vale más el alma espiritual que el cuerpo miserable, sujeto al dolor, a la enfermedad y a la corrupción del sepulcro? ¿No os da la Iglesia más generosamente el pan de la Eucaristía que la tierra el grano de vuestras eras? Recordad con cuanta fatiga abre el labrador los surcos, esparce

la semilla y arranca la cizaña; cómo siega la mies, ya madura, sudoroso y jadeante, bajo el sol ardiente del estío; cómo atropa las gavillas, y rendido de cansancio y de calor, entre el polvo que sube en remolinos, trilla la cosecha, y separa cuidadosamente el grano, aventándolo y cribándolo; cómo, aun después, ha de preparar con el trabajo de sus manos el alimento de la vida terrenal. ¡Cuantos sudores y angustias! ¡cuantas esperanzas y temores! Desde el momento en que deposita en el surco la semilla hasta que, recogido el grano, lleva el pan nuevo a la boca, han transcurrido diez meses de fatigas y zozobras. Pero el Pan divino del alma no exige esfuerzos ni trabajo. Descendió de los cielos, fué sembrado en las entrañas vírgenes de María, sufrió las torturas de la pasión y de la cruz, y se nos presenta en el banquete eucarístico, sazonado con los amores de Dios Padre y Dios Espíritu Santo. ¿Qué os pide a vosotros? Una conciencia limpia. Los trabajos, los dolores y las angustias de muerte se los ha tomado Jesucristo para sí.

«Verdaderamente llevó Él nuestras enfermedades y cargó con nuestros dolores, y le vimos como leproso y herido por Dios y humillado. Fué llagado por nuestras iniquidades, fué quebrantado por nuestros crímenes. El castigo para nuestra paz cayó sobre Él, y con sus padecimientos hemos sido curados» (1). Así habla el profeta hijo de Amós en aquella página admirable que ha recibido el nombre de Evangelio del Mesías, adelantándose ocho siglos a los evangelistas del Nuevo Testamento, y su visión se realiza en toda la vida de Jesús y especialmente en las horas que siguen a la cena de la última Pascua. Las angustias mortales de Getsemaní, la prisión afrentosa a la luz de las linternas y entre el ruido de las armas, la noche de befas y escarnios en las casas de Anás y del sumo sacerdote, las burlas del afeminado gobernador de Galilea, la iniqui-

(1) Isai., LIII, 4 y 5.

dad y cobardía de Pilato, los azotes cruelísimos y la corona de espinas punzadoras, el peso del madero del suplicio, el martirio inmenso de la crucifixión, el desamparo y el abandono en medio de las tinieblas que bajaban de los cielos y el rumor de blasfemias que subía de la tierra, toda la inmolación de Jesucristo, se halla representada en el divino misterio de la Eucaristía. «Siempre que comiereis este pan y bebiereis este cáliz, dice San Pablo (1), anunciaréis la muerte del Señor». Bajo las dos especies, de pan y vino, está allí Jesús «para representar la pasión, en la cual se separó la sangre del cuerpo, y por eso en la forma de la consagración de la sangre se dice que fué derramada» (2). «El efecto que produjo en el mundo la pasión de Jesucristo, lo produce este sacramento en el hombre» (3). Y así pone la sagrada Liturgia en los labios del sacerdote que acaba de dar a los fieles el Cuerpo del Hijo de Dios, estas fervorosas palabras: «¡Oh sagrado banquete, en que se come a Cristo, se recuerda la memoria de su pasión, la mente se llena de gracia, y se nos da una prenda de la gloria futura!». Vuestra devoción a la pasión de Jesucristo y vuestro amor a su Cruz santa, que veneráis desde niños en vuestras casas, en las iglesias y en las escuelas, debe llevaros también a comulgar a menudo; pues no será perfecta esa devoción, si no procuráis sacar de ella los frutos ubérrimos que sólo por la sagrada Comunión se nos otorgan. Hincar la rodilla ante la Cruz, rezar delante de ella con fe y devoción, pertenecer a su cofradía, y celebrar con esplendor su fiesta, son obras dignas de aplauso y alabanza. Pero no os detengáis ahí; subid un poco más. El fruto sabrosísimo del árbol de la Cruz es Jesucristo mismo; tomadlo y comedlo en la sagrada Comunión.

Continuad reunidos, hijos míos muy amados, en la cofradía de la Santa Cruz, tan extendida en nuestra diócesis; pero no celebréis nunca la fiesta de la

(1) I Cor., XI, 26.—(2) Sum. Teol. III., q. 74, a 2.—(3) Sum. Teol., III., q. 79, a 1.

asociación sin recibir a Jesús sacramentado. Y agrupados, además, en esas congregaciones piadosas que en una ú otra forma prescriben la Comunión a sus socios varias veces al año. El Apostolado de la Oración en su tercer grado, la cofradía del Sagrado Corazón de Jesús, la del Santísimo Sacramento, la Adoración Nocturna, la Hora Santa, la Asociación de Hijas de María y otras muchas son porciones fervorosas y escogidas de fieles que se alimentan con frecuencia del Pan eucarístico. El amor de Dios es el núcleo de esas sociedades piadosas, y nada hay que encienda ese amor y lo conserve como la sagrada Comunión; la caridad para con el prójimo cobra en ellas mayor fuerza, y nada fomenta esa virtud divina como el gran misterio de amor de Jesucristo. La Eucaristía, cuya materia es el pan formado de muchos granos y el vino exprimido de muchas uvas, según la idea hermosísima que desde la edad apostólica se repite en las obras de los Santos Padres (1), une los corazones y las almas entre sí, bajo el imperio del amor divino, constituyendo, según los ardientes anhelos de Jesús, «un solo rebaño y un solo Pastor (2)». Y no ignoráis cuánto hemos menester la caridad que «es paciente y es benigna, no envidia, ni obra desconsideradamente, ni se hincha, ni es ambiciosa, ni busca su interés, ni se irrita, ni piensa mal, ni se alegra de la injusticia, sino que goza con la verdad, lo disimula todo, lo cree todo, lo espera todo, y lo sufre todo» (3). Con esta virtud, que es la más excelsa, habrá paz en los pueblos y paz en las familias. Buscad, buscad este riquísimo tesoro de felicidad terrena y celestial por el camino del sagrario. El pan de la Comunión es Dios, y «Dios, es caridad» (4).

¿Qué os detiene, pues? Los sacerdotes, «dispensadores de los misterios de Dios» (5), están constante-

(1) Didache, IX, 4; S. Agust., *Tract. XXXI in Joan.*—(2) Juan, X, 16.—(3) I Cor., XIII, 4. y sigs.—(4) I Juan, IV, 8.—(5) I Cor., IV, 1.

mente apercibidos a escuchar la confesión de vuestras culpas y a alimentaros con el pan del Sacramento. Su tribunal de perdón no se cierra nunca; su ministerio de santificación de las almas no se interrumpe ni se acaba. Venid, venid al templo, humildes y arrepentidos, como el publicano del Evangelio que no se atrevía a levantar los ojos al cielo y golpeaba su pecho, y exclamad como él: «¡Oh Dios, ten misericordia de mí, que soy pecador!» (1). Dios, por ministerio del sacerdote, os absolverá de vuestras culpas, y os admitirá al banquete del cuerpo de Jesucristo. No temáis. Los sacerdotes no se enojan ni se cansan; nunca os tendrán por molestos ni importunos; jamás se negarán a oiros en confesión ni a regalaros con el manjar eucarístico. ¡Si supierais vosotros cuánto desean vuestros párrocos veros en grupos numerosos en torno de sus confesorios! ¡Si pudierais imaginar con qué dulcísimo embeleso os contemplan desde el altar, cuando arrodillados, las manos levantadas, los rostros iluminados con destellos de fe y llamas de amor a Jesucristo, os disponéis a comulgar las hostias santas, que van a llevar a vuestras almas tesoros de dones celestiales! ¡Si pudierais comprender cómo se ensancha su corazón con gozo intensísimo cuando os dan a comer la misma carne de Jesucristo, inundando vuestra alma de raudales de vida, que las robustecen y vigorizan en el orden espiritual y las elevan y perfeccionan en el de la naturaleza! Ellos saben que Jesucristo es el «Sacerdote eterno» (2), que su potestad es participada de la de Cristo, y que su voluntad, al ejercer el ministerio del altar, se ha de conformar en todo con la de Cristo, que les mandó perdonar los pecados y distribuir el Pan del cielo. No temáis, pues; acercaos confiados al tribunal de la Penitencia y a la mesa de la Eucaristía. El sacerdote se regocija en el corazón de Cristo administrandoos estos sacramentos.

(1) Luc., XVIII, 13.—(2) Salm. CIX, 4; Hebr., V, 6.

No os impida tampoco el respeto humano recibir la Comunión con frecuencia; que un motivo tan mezquino y despreciable no debe ser obstáculo para obra tan grande. ¿Qué os importa la opinión de los ignorantes? Al que desconoce el valor de la Comunión frecuente, decidle, como Jesucristo a la samaritana: «¡Si conocieses el don de Dios!» (1), y al que murmura de esa práctica santísima, compadecedle, pues se asemeja a aquellos judíos que disputaban entre sí diciendo: «¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?» (2). Si pasáis por encima de los respetos humanos cuando pretendéis alcanzar algún bien temporal, ¿cómo han de impedirlos esos miramientos y recelos demandar el bien sobrenatural del Sacramento? Dejadlos a un lado; no seáis flojos ni cobardes. El amor de Jesucristo y la unión con él en la Eucaristía vale infinitamente más que los pareceres tornadizos y las palabras ociosas de los hombres, y el comulgar con frecuencia, cuando a esta obra la acompañan las murmuraciones de los pecadores, todavía es más agradable a Dios y más meritorio para el cielo. Si murmuran, con ellos estará el demonio que es padre de la envidia, mientras que estará con vosotros Jesucristo, padre de la santidad y rey inmortal de la gloria.

Siglos atrás, cundió por el mundo y llegó también a nuestra patria y arraigó en algunos espíritus indóciles el error jansenista, que llevaba el signo de la bestia en el odio al uso de la Eucaristía. Entonces se dijo que a la Comunión sólo podían aspirar las almas extraordinariamente fervorosas, limpias de toda afición terrena y abrasadas en el fuego de un amor purísimo; se cerraron con triple llave los sagrarios; cesaron en gran parte las exposiciones del Santísimo Sacramento, y no se les ofreció a los fieles sino muy de tarde en tarde el Pan de los tabernáculos.

Hubo, sin embargo, en medio de aquella desolación

(1) Juan, IV, 10.—(2) Juan, VI, 53.

de los espíritus, santos como Ignacio de Loyola y teólogos como Salmerón y Molina, que trabajaron con ahinco en favor de la comunión frecuente y cotidiana, y recogieron abundantísimo fruto de sus incesantes labores. Pero le estaba reservada a nuestro Santísimo Padre Pío X, el Papa de la Eucaristía, la gloria de acabar con los últimos restos del error jansenista y resolver definitivamente la controversia acerca de la preparación necesaria para comulgar con frecuencia o todos los días, y el 7 de diciembre de 1905 dió el decreto por el cual se declara y establece: que todos los fieles pueden aspirar a la Comunión frecuente y cotidiana; que la preparación necesaria para ello es el estado de gracia y una intención recta; que, si bien conviene sobremanera estar limpio de pecados veniales y del afecto a ellos para gozar de esta gracia, basta, sin embargo, no hallarse en pecado mortal y tener propósito de no pecar en adelante; que se ha de procurar una diligente preparación, ya que los sacramentos de la Ley Nueva, aunque de suyo produzcan la gracia, causan mayores efectos según es mejor la disposición del que los recibe; que conviene solicitar permiso del confesor, el cual no lo negará nunca al que se halle en estado de gracia y tenga intención recta, y que los párrocos, predicadores y confesores deben exhortar a los fieles a esta práctica santísima, que «aumenta la unión con Cristo, alimenta generosamente la vida espiritual, adorna el alma de virtudes abundantes y da al que comulga una prenda valedera de la felicidad eterna».

En esta época de hambre espiritual, cuando la humanidad apacienta sus deseos en los bienes de la tierra, el Vicario de Jesucristo, como el José de Egipto, provee abundantemente a las necesidades de las almas, ofreciéndoles con largueza el alimento de la Eucaristía. Con él restaurará Pío X el orbe, sumido en tinieblas de naturalismo. Los primeros discípulos de Jesús «perseveraban en la doctrina de los Após-

toles y en la comunicación de la fracción del pan» (en la sagrada Comunión) (1), y diariamente comulgaban los fieles de Roma y los de España en los días de San Jerónimo (2) y en los siglos posteriores. Pío X, cerrando para siempre la época en que el apartamiento de la mesa celestial había enfriado las almas, viene a reanudar el fervor eucarístico y las grandezas y las glorias de la Iglesia antigua.

Esforzaos, pues, venerables párrocos, en secundar los deseos del Papa y en cumplir con diligente solicitud sus mandatos. Predicad, exhortad e instad a vuestros feligreses, desde el púlpito, el altar y el confesonario, a acudir con frecuencia al banquete de la vida, y veréis cómo descienden copiosamente las bendiciones del cielo sobre vosotros y sobre los pueblos que os están encomendados. Recordad las palabras de Ezequiel (3): «Si el varón diere su pan al hambriento, es justo y vivirá de la vida», y temed que os pueda aplicar el Señor las de Elifaz (4): «Le has arrebatado el pan al hambriento». No lo dudéis. No hay obra como la de la Comunión frecuente y diaria para reformar las costumbres, aumentar la piedad, ennoblecer la vida doméstica y social, renovar y consolidar la paz, atraer los fieles a los templos, rodear a los sacerdotes de consideraciones y respetos, y hacer florecer en el orden sobrenatural y aun en el de la naturaleza la parte de la heredad de Jesucristo confiada a vuestro celo.

Y vosotros, fieles de mi diócesis muy amada, no desoigáis la voz de vuestros párrocos, y cumplid dócilmente los mandatos y consejos de nuestra santa Madre la Iglesia. Que ni uno solo de vosotros deje de lavar su conciencia en las aguas de la absolución sacramental en estos días; que ni uno solo, desde los niños que tienen uso de razón hasta los ancianos que inclinan su

(1) Hechos, II, 42.—(2) Epist. LXXI, *ad Lucin.*—(3) Ezeq. XVIII, 7.—(4) Job, XXII, 7.

cuerpo hacia el sepulcro, deje de comulgar en esta Pascua florida; que ni uno solo se haga rec de pecado mortal de desamor a Jesucristo escarnecido y muerto por todos y cada uno de los suyos. Y después que hayáis comulgado en esta Pascua, perseverad unánimemente en la Comunión del Pan vivo. Con la frecuencia posible acercaos al tabernáculo y recibid a Jesucristo. Esos son los deseos más ardientes de vuestro Obispo, que nada anhela tanto como ver propagada en esta tierra de almas nobles y corazones hidalgos la práctica de la comunión diaria, que es sin duda la más clara señal de nobleza é hidalguía en el orden de la vida cristiana. Seguid la enseñanza de vuestro Prelado, que es la del Sumo Pontífice de Roma. ¡Hijos míos muy amados, comulgad, comulgad, comulgad!

Dios os bendecirá desde el Santísimo Sacramento. Y en prenda y augurio de esa bendición os damos afectuosamente la nuestra en el nombre del † Padre † y del Hijo † y del Espíritu Santo, en nuestro palacio episcopal del Burgo de Osma, a diez y nueve de marzo, fiesta de la Solemne Commemoración de San José, del año de mil novecientos doce.

† Manuel, Obispo de Osma.



Por mandato de S. S. I. el Obispo mi Señor.

Lic. José A. Castro Valcarce,

Secretario.

Esta Carta Pastoral se leerá en todas las iglesias de nuestra diócesis al ofrectorio de la misa de los primeros días festivos.